

Francisco Marco Simón, Francisco Pina Polo y José Remesal Rodríguez (coords.),
La pobreza en el mundo antiguo (=Col.lecció Instrumenta 81), Barcelona,
Universitat de Barcelona Edicions, 2022, 230 pp. [ISBN: 978-84-9168-900-3]

No deja de resultar paradójico que algunas situaciones que han acompañado el decurso histórico del ser humano de manera perenne resulten, a todas luces, difícilmente rastreables en el registro documental. Dentro de estas cuestiones, la pobreza constituye un interrogante elusivo, a pesar de su más que constatable ubicuidad. La obra aquí reseñada es plenamente consciente de la amplitud de la temática y no tiene en ningún momento la pretensión ilusoria de ofrecer una síntesis cerrada, abarcadora y total que ponga punto final a las discusiones académicas que plantea en sus páginas, sino de ofrecer algunas perspectivas en torno a la pobreza en la Antigüedad que enriquezcan la dialéctica inherente a la investigación. El volumen deriva del XI Coloquio de Historia Antigua de la Universidad de Zaragoza, celebrado entre los días 9 y 10 de septiembre de 2021, en el Salón de Actos del Museo Pablo Gargallo de Zaragoza. Como viene siendo habitual desde hace unas dos décadas en estos encuentros, la obra se encuentra publicada por Universitat de Barcelona Edicions en el número 81 de la Col.lecció Instrumenta, dependiente del CEIPAC (Centro para el Estudio de la Interdependencia Provincial en la Antigüedad Clásica), siendo esta una colección de vanguardia en lo relativo a trabajos acerca de la vida económica y social del mundo romano. La ocasión, si cabe, se muestra asaz señera, dada la celebración del vigésimo aniversario de estos coloquios bienales, cuya andadura dio comienzo allá por 2001.

El volumen consta de un prólogo a cargo de los editores, así como de cuatro capítulos dedicados al mundo griego y nueve al romano, que constituyen el grueso de la obra, con participación de académicos de universidades repartidas por la geografía española, así como de investigadores procedentes del extranjero. No podían faltar, como es lógico, unos detallados y útiles índices temáticos, a saber: índice de fuentes (subdividido, asimismo, bajo las nomenclaturas de fuentes clásicas, fuentes epigráficas, fuentes jurídicas y fuentes papirológicas), índice de personajes, índice geográfico e índice de materias.

En el prólogo, Francisco Marco Simón, Francisco Pina Polo y José Remesal Rodríguez repasan de manera sucinta las contribuciones que el lector encontrará a continuación, incidiendo en la no vocación universalista del volumen, cuyo afán pasa más bien por ofrecer diferentes perspectivas en torno a la pobreza en el mundo antiguo que añadan elementos al debate académico.

En su aportación, Lucia Cecchet reflexiona desde una perspectiva terminológica sobre la pobreza en las fuentes griegas arcaicas y clásicas. A este trabajo se le suma una muy interesante conceptualización de la pobreza desde el enfoque de las Ciencias Sociales –repasando de manera somera algunas contribuciones como las de Booth, Townsend, Bourdieu o Amartya Sen, cuyos aportes han ejercido un poderoso

influjo en los paradigmas de la investigación—, partiendo de una concepción de la pobreza en clave estática y cuantificable, a un pensamiento que entiende que la pobreza puede interpretarse como una condición dinámica y relativa, a merced de factores al margen del capital económico. Así pues, el trabajo cristaliza en un estudio del *penes* griego, —atestiguando un cambio en el trinomio nacimiento noble-riqueza-prestigio social a finales del arcaísmo, que identifica de manera adjetival y maniquea la riqueza con lo bueno y la pobreza con lo malo—, y concluyendo con la idea de que este término podía llegar a ser extensible a otros cuerpos poblacionales como ciudadanos acomodados, pero sin prestigio social, remarcando el componente subjetivo de la pobreza, sujeta en ocasiones a criterios perceptivos.

Por su parte, Miriam Valdés Guía y Aida Fernández Prieto se adentran en la *polis* ateniense para tratar de investigar la situación socioeconómica de sus habitantes más pobres en época clásica, dedicando especial atención a las medidas legislativas de protección que se tomaron para con los más desfavorecidos, verbigracia, ancianos, huérfanos y viudas. Las investigadoras ponen de relieve la importancia de tener en cuenta la casuística coyuntural a la hora de aproximarse a estas cuestiones, habida cuenta del importante hiato que representa la guerra del Peloponeso, la cual supuso una degradación socioeconómica para muchos afectados por la contienda. Las circunstancias adversas, así pues, forzaron a las capas más desfavorecidas a adoptar medidas paliativas de supervivencia —para cuyo entendimiento, hay que subrayar el trato asimétrico desde la *polis* a diversos colectivos vulnerables a causa de aspectos como la distinción de género varón-mujer, lo que condenaría a muchos (y muchas) a la indefensión al establecer diferencias entre unos y otros, delegando el sostén económico de ciertos colectivos en los propios familiares del necesitado—, como el desempeño de un oficio o la búsqueda de nuevos enlaces matrimoniales, en el caso de las viudas, considerados, cuando menos, irregulares y desventajosos.

En su contribución, Laura Sancho Rocher ahonda en la cuestión de los subsidios en Atenas —y más concretamente, en asuntos como las razones que los originaron, los recursos empleados y su eficacia—, estableciendo una aguda distinción entre las distribuciones gratuitas orientadas a la satisfacción de las necesidades de la población y los denominados sueldos políticos, que dimanaban de la propia idiosincrasia democrática de la *polis* y su deriva imperial. La democracia directa comportaba una remuneración por parte de la ciudad, que habría dado comienzo en la segunda mitad del s. V a.C. entre los jueces, para, posteriormente, hacerse extensible a otros cargos. A este respecto, la autora aduce que algunas subvenciones de la democracia fueron anteriores a la instauración de los sueldos políticos, que la política de Atenas en torno a estos parabienes experimentó cierta continuidad temporal en sus objetivos a lo largo de los doscientos años de democracia y finalmente, en las dificultades que encontró el imperio para obtener recursos financieros, amenazado por la sombra de la inestabilidad.

Marco V. García Quintela concluye el *corpus* de aportaciones dedicadas al mundo griego del volumen, por medio de un análisis tripartito que pivota en torno a la supuesta pobreza del filósofo Sócrates, la construcción del tema filosófico de los géneros de vida unido al principio de especialización platónico y los condicionantes sociales tras la erección de la Academia en Atenas. El autor repasa la biografía de Sócrates —deteniéndose en episodios tratados en menor grado, como su oficio como escultor, heredado de su padre, o su periplo hoplítico en tres sonadas derrotas atenienses—, y pone en relación la pobreza que rodea el imaginario del egregio filósofo

con un juego de representaciones literarias cambiantes que actúa como simiente del fundamento ideológico de la Academia platónica. La pobreza del filósofo, en este caso, constituye una prescripción *sine qua non* que permite alejarlo del mundanal ruido de la vida cívica de la *polis* democrática.

Javier Velaza es el encargado de inaugurar las contribuciones dedicadas al mundo romano y lo hace por medio de una intrincada disquisición que tiene como objeto analizar la figura del *pauper*, como rasgo de representación y autorrepresentación. Sirviéndose de fuentes literarias y de una selección de epígrafes, se pone de manifiesto lo polisémico y diverso del concepto. En este sentido, la *paupertas* puede llegar a entenderse como una construcción discursiva relacionada, incluso, con la virtud, merced a un cariz laudatorio destinado a elogiar, por ejemplo, a aquellos individuos que, pese a su nacimiento en condiciones alejadas de la bonanza, han logrado prosperar en su entorno social. Así pues, el autor llega a la conclusión de que el *pauper*, pese a ser un concepto no definido, tiende a describir a un individuo de recursos económicos limitados, pero suficientes para garantizar su supervivencia –al contrario que aquellos verdaderamente pobres de solemnidad, cuya huella en el registro documental resulta sumamente exigua–.

En su aportación, Ana Mayorgas Rodríguez estudia el papel de los conceptos de riqueza y pobreza en los relatos míticos de etnogénesis de la tradición romana. Para ello, se sirve, principalmente, de los testimonios de Cicerón, Livio, Dionisio de Halicarnaso y Plutarco, analizando los discursos referidos a la monarquía romana y a personajes como Egiro. A este respecto y habida cuenta de la documentación disponible, arguye que se encuentran dos tendencias diferenciadas entre estos autores. Los autores romanos, por lo general, no parecen encontrar un problema en los orígenes innobles de Roma –protagonizados por una población no precisamente esplendorosa y acaudalada– dado que, la falta de lustre, empero, refuerza la construcción narrativa del destino glorioso de Roma, llamada a pasar de la nulidad a la conquista mediterránea. El caso contrario lo ocupa el griego Dionisio de Halicarnaso, para el cual no tiene cabida esta mentalidad y subraya los aportes poblacionales helenos, como una suerte de factor de ensalzamiento.

La intervención en el volumen de Eduardo Sánchez Moreno aborda la pobreza dentro de la narrativa del imperialismo romano, entendiéndola como una(s) representación(es) discursiva(s), que puede ser una característica del otro y simultáneamente, un reflejo en primera persona. A tal efecto, el investigador trae a colación tres ejemplos escogidos. En el primer caso, se aproxima a la pobreza del enemigo foráneo –centrándose en ligures y lusitanos– como argumento civilizatorio y legitimador de la deriva imperialista. En el segundo ejemplo, se torna la mirada hacia la propia Roma, donde la pobreza –siguiendo una idea de raigambre estoica, que permea en la *Urbs* por medio de figuras como Panecio de Rodas o Carnéades de Cirene– puede suponer un modelo de virtud confrontado a la perversión experimentada por la *res publica* y personificado por hombres preclaros como Emilio Paulo o su hijo Escipión Emiliano, alabados por la obra polibiana en calidad de individuos dignos de emulación. Finalmente, el último caso lo constituye la noción de la *paupertas* rústica como una metáfora de paz derivada de la *pax* promulgada por Augusto, constatable a través de la poesía elegíaca de autores como Tibulo.

Francisco Pina Polo centra su investigación en la figura de Cicerón, analizando su pensamiento y del mismo modo, las reformas agrarias y otras políticas destinadas a aliviar las presiones socioeconómicas. En el *corpus* ciceroniano se advierte una

identificación binomial que asocia la riqueza con lo positivo y la pobreza con lo negativo. Así las cosas, se entiende la desigualdad como un hecho inherente y connatural a la *civitas*, donde la búsqueda de la igualdad, de hecho, constituye una acción injusta –teniendo en cuenta la natural desigualdad humana–. Este hecho explica, en parte, su oposición a las leyes agrarias y frumentarias –comenzando por la celeberrima ley frumentaria de Gayo Graco de 123 a.C.– y su defensa a ultranza de la propiedad privada. Para el Arpinate, la *Urbs* no habría de ser la encargada de solventar las necesidades asociadas a la pobreza, sino que esta podía traslucir en un problema de orden público, para lo cual, el modelo deseable era el tradicional, caracterizado por un evergetismo individual bajo circunstancias adversas puntuales, encumbrando a la clase dirigente como benefactora.

El siguiente capítulo, a cargo de Yann Berthelet, se cuestiona si pudieron existir sacerdotes no aristocráticos –cuando no, directamente pobres– en Roma, a partir de vestigios literarios y epigráficos, que han permitido trazar un entramado prosopográfico que, tradicionalmente, ha avalado el origen aristocrático de estos sacerdotes. La discusión se centra, particularmente, en dos casos concretos: los arúspices-*apparitores* de los generales y sacerdotes –que podrían haber medrado a partir de orígenes humildes y que, según el investigador, no deberían ser confundidos con los arúspices convocados desde Etruria en calidad de expertos en prodigios– y los galos tildados de *agurtai*, mendigos y charlatanes de la *Mater deum*.

Pedro López Barja de Quiroga ofrece una reflexión entre la esclavitud y la pobreza, sirviéndose de fuentes como Catulo, Ovidio, Apuleyo o Petronio. Como es de suponer, resulta harto complicado rastrear a los pobres de la Roma antigua; su huella es endeble y en las ocasiones en las que se han fosilizado por medio del registro epigráfico asociados a la palabra *pauper*, suelen vincularse con las inscripciones cristianas, con sus significantes propios. En cualquier caso, parece que la posesión de esclavos pudo ser un símbolo de prestigio, cual epifanía de un estatus social manifiesto. La inversión de esta aseveración conlleva que la falta de esclavos equivaldría a la consideración de pobreza. El trabajo, por otro lado, plantea que las condiciones de algunos esclavos pudieron llegar a ser más magnánimas que las de algunos individuos libres y también añade a la ecuación las formas de autorrepresentación de los libertos.

Rosa María Cid López nos traslada a cuestiones relacionadas con el género, analizando la situación de aquellas prostitutas en edad procreta, conocidas como *vetulae meretrices*. El trabajo repasa las condiciones de vida de las *meretrices*, marcadas por la *infamia* de su profesión, ostentadoras de una profesión alejada de la virtud propia de la condición ciudadana. Si bien existieron casos de concubinas que alcanzaron grandes cotas de poder al codearse con los hombres más ilustres de su tiempo –como los propios emperadores romanos–, fueron mayoría aquellas que pertenecían a la condición servil o que, aun siendo libres, contaban con orígenes humildes. En el caso de las prostitutas vetustas, en ocasiones terminaron regentando casas de lenocinio o empleando a su prole como prostitutas. La investigación recoge a autores como Plauto o Luciano, que se hicieron eco de estas realidades sociales de manera cómica y trae también a colación un papiro del s. IV d.C. hallado en Hermópolis que presenta a Teodora, una mujer madura que habría prostituido a su hija como medio de subsistencia. La hija habría sido asesinada por un cliente y en el posterior juicio, se habría aplicado la sentencia de muerte al culpable, habiendo de abonar a Teodora una parte de su herencia.

La penúltima contribución, cortesía de María Victoria Escribano Paño, se centra en la documentación jurídica alumbrada entre los siglos III-IV d.C. en torno a los pobres, repasando la obra legislativa de emperadores como Constantino, Constancio II, Valentiniano, Teodosio, Valentiniano III o Teodosio II y prestando especial atención al libro XVI del *Codex Theododianus*, que versa sobre cuestiones religiosas. El trabajo, así pues, establece un cambio con la entrada del cristianismo en la vida política –pues, pese a que en tiempos anteriores el sistema de evergetismo cívico pudo paliar ciertas condiciones misérrimas, es la religión cristiana la que tiene por quintaesencia el socorro del necesitado, lo que se deja traslucir en las fuentes– y llega a la conclusión, tras analizar la documentación existente y las medidas tomados durante el período que abarca desde el gobierno de Constantino al de Teodosio II, de que existe una instrumentalización política de la pobreza, la cual no constituye, empero, un concepto unívoco en el registro jurídico.

Finalmente, el capítulo conclusivo del volumen, a cargo de Pedro Barceló, tiene como objetivo analizar las revueltas en las ciudades de la Tardoantigüedad desde la óptica del hambre, que puede actuar como móvil en varias direcciones. Durante el siglo IV d.C., importantes núcleos urbanos como Antioquía, Constantinopla o la propia Roma experimentaron episodios virulentos a raíz de crisis de carestía de alimentos de primera necesidad, ocasionadas por disminuciones de las cosechas por causas naturales, o problemas en torno al suministro del grano. El trabajo repasa algunos ejemplos que instrumentalizaron a los hambrientos y que, incluso, vinculan el hambre como un argumentario político –como el caso del obispo Atanasio de Alejandría o César Galo en Antioquía– o como una medida aleccionadora –como la orden de Constancio II en 337 d.C. de reducción del suministro de grano como forma de calmar los ánimos levantiscos de la población, agitados tras una revuelta–.

En definitiva, nos encontramos ante una obra coral que cuenta con la gran virtud de congregar en un mismo volumen a un elevado número de señeros especialistas –cada uno en sus respectivos ámbitos, verdaderamente variados y cuyas aportaciones en el libro guardan vinculación directa, en su práctica totalidad, con proyectos de investigación financiados– y que puede presumir de contar con el aval que aporta el Sello de Calidad en Edición Académica (CEA-APQ). A pesar de la disparidad de temáticas tratadas –que, inevitablemente, siempre dificultan una crítica constructiva de conjunto en este tipo de trabajos colectivos– se puede afirmar que la obra se encuentra adecuadamente hilvanada y que existe una labor de edición solvente que articula su(s) narrativa(s). Acaso, para evitar equívocos –y teniendo siempre en mente al potencial lector–, habría sido deseable un mayor grado de concreción en el título escogido para el volumen. *La pobreza en el mundo antiguo*, a pesar de lo que pudiera parecer de manera apriorística por lo amplio de su propuesta, únicamente nos remite a la Antigüedad clásica, lo que nos lleva a sugerir lo operativo que habría sido esbozar una oportuna matización. A pesar de esta cuestión –sin duda de exigua o nula importancia– el especialista en el mundo antiguo, así como el interesado en transitar entre las aristas y vericuetos de cuestiones tradicionalmente soslayadas como la pobreza, encontrará en este volumen verdadera riqueza.

Jorge Barbero Barroso
Universidad Autónoma de Madrid
jorge.barbero@uam.es